

# Ciudad en cenizas

TEÓFILO HUERTA

**E**ran las cinco cincuenta y cinco de la tarde. Prevalecía un ambiente enrarecido y asfixiante. Muy pronto al avanzar y cruzar algunas calles me percaté que a lo lejos las llamas consumían la cúpula de un alto edificio del diario *El Reformador*. Mi estómago dio un vuelco pero seguí adelante convencido de que pronto sería sofocado.

Como autómatas en lugar de continuar mi acostumbrado camino, enfilé hacia el lugar del siniestro, movido por el seguro escenario espectacular de los bomberos y las cámaras televisivas.

Pero conforme avancé y el edificio se me hacía menos distante, descubrí con sorpresa que un salón de fiestas que lo antecedía también era consumido por el fuego. Lo más increíble era que no se podía tratar de una extensión del incendio del periódico hacia el salón pues había de por medio un par de cuadras. Por mi mente atravesó la idea de algún atentado pero era poco probable pues mis oídos no habían registrado alguna explosión.

Lo que sí comenzó a conformar mi paisaje sonoro fue el ininterrumpido ulular de las sirenas. Era un concierto estremecedor en varios planos pues a lo más remoto esos artefactos no paraban de sonar.

A medida que avanzaba fui descubriendo un panorama nada reconfortante. Ahora más llamas lucían a lo lejos en puntos distantes. Mi visión ya no advertía la ubicación precisa de esos otros incendios pues una inmensa nube de humo me lo impedía.

El característico olor y el consecuente ataque de asma me impidió avanzar más, aunque ya casi estaba al pie del salón donde una mujer ejecutiva a pesar de su desesperación y resistencia era convencida de abandonar la todavía incólume planta baja.

Fue allí donde de golpe alcancé a recibir un chorro de agua disparado desde las alturas por los bomberos. Fue muy refrescante, advertí que no sólo llevaba en mi cuerpo el calor del incendio, sino que éste ya me acompañaba desde mi salida de la oficina. Era una tarde singularmente calurosa.

Desde mi nueva posición donde volteara advertía incendios. Me estremecí al pensar en una conflagración y me preocupé por todos los habitantes de esos edificios y por mis parientes y amigos.

Marqué en el celular a casa y no había señal. Intenté con otros números y el resultado fue el mismo. Las comunicaciones estaban interrumpidas. Por fin me sentí solo en medio del infierno.

Comencé a retirarme y a reanudar mi camino original. Al internarme en la colonia de mi trabajo sentí un leve alivio al ver de pie la mayoría de las casas y construcciones, pero era eso, la mayoría, porque de manera dispersa uno que otro sitio también se tornaba presa de las llamas y ello inevitablemente se propagaría.

De plano retorné hasta el pie de mi centro laboral para advertir que se encontraba entero y así fue. Entonces reanudé mi camino de la espalda a los incendios mayores y torciendo el rumbo hacia el transporte colectivo. ¿Pero cuál? Había sido suspendido.

Parte del caos, apenas si constataba la presencia de otros individuos igual de azorados que yo. Estaba abstraído y el ir y venir de la gente desesperada no me sacaba de mi atolondramiento.

Al pasar por una tienda de muebles me detuve ante un televisor que por supuesto reproducía el siniestro. Un prestigiado conductor de noticias aparecía como reportero en el lugar de los hechos y narraba los mismos, no le di importancia a la perorata salvo cuando se refirió a la probable explicación de los incendios: la temperatura había rebasado los cincuenta grados esa tarde, el cambio climático nos había alcanzado y dejado huella.

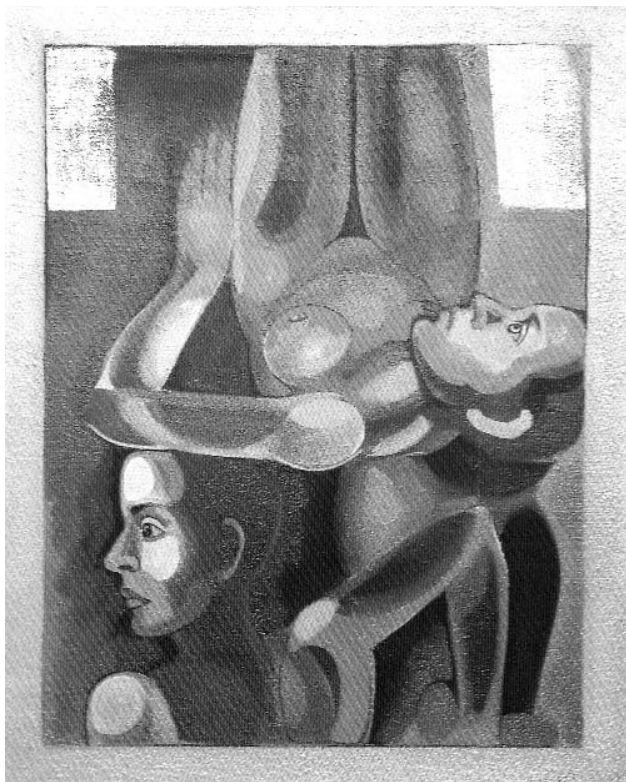
Comenzó a anochecer. La distancia a mi hogar era enorme y el tránsito peatonal también estaba bloqueado. Sin transporte ni comunicación, abatido deambulé por horas y acaso descansé un par en la guarnición de un condominio con la compañía de otro individuo con el cual apenas crucé palabras de incredulidad y más bien muchas miradas de incertidumbre.

El amanecer fue triste y sombrío. Por supuesto que había gente por doquier y en condiciones similares a la mía, pero yo no le prestaba atención, me sentía auténticamente en una ciudad desierta y abandonada.

Las condiciones de incomunicación prevalecían. A pesar del sudor y apariencia, me dirigí a la oficina. A unos cuantos metros testifiqué que ella también se consumía. Quería convencerme que todo era una pesadilla pero era imposible despertar a otra realidad que no fuera la misma.

Las horas progresaban y al mediodía el calor era ya muy pesado. Entonces sí tomé conciencia de la angustia de los demás a mi alrededor. La gente hacía planes para guardarse del sol y huir de la concentración de edificios. Había en el ambiente un pánico por la proximidad de las horas más calurosas. Aún permanecían incipientes llamas y humo alrededor pero, ¿se encendían nuevas construcciones?, ¿eran tan endeble a un fenómeno así?

Como hormigas íbamos de un lugar a otro sin dirección fija. No prestaba atención al traslado de los heridos más que a la hora de echar un nuevo vistazo a algún televisor. La espectacularidad de las pantallas contrastaba con el desolador panorama que me agobiaba y al extrañamiento de los míos que distantes estaban verdaderamente ausentes.



Guillermo Ceniceros

Protección Civil habilitó una alarma que se atascó apenas rebasados los treinta y cinco grados. De pronto las patrullas por sus altavoces comenzaron a indicarnos que nos dirigiéramos al Bosque de Anáhuac, el pulmón de la ciudad, sólo allí encontraríamos el refugio esperado.

Las filas de individuos que encaminábamos nuestros pasos hacia el bosque se convirtieron en verdaderas turbas al salir la gente de sus casas y trabajos. Como si estuviera predestinado, justo hacia las cuatro de la tarde comenzaron a gestarse nuevos y aparatosos incendios, ahora ya no distantes sino por las calles que transitábamos.

A pesar de los gritos y empujones, seguía abstraído, ensimismado y como autómatas dejándome llevar por la corriente humana hacia el bosque que por más extenso que fuera sería insuficiente para dar cabida a toda la población.

Los incendios parecían perseguirnos, el calor era ineluctable. La alarma que ya sonaba otra vez volvía a descomponerse al rebasar los 60 grados. Desesperados nos lanzamos a las infectas aguas del lago donde las lanchas que otrora dieron esparcimiento a los paseantes, quedaron arrumbadas en un rincón. Poco nos importaba ahogarnos o contraer algún mal estomacal o en la piel, lo urgente era mitigar un calor jamás sentido y alejarnos de las brasas que consumían las construcciones que rodeaban al bosque y los primeros árboles del mismo.

Abatidos ninguno supimos de las horas subsiguientes sino hasta un nuevo amanecer cuando nos descubrimos casi desnudos en medio del fango, el agua totalmente evaporada. Como los demás pero otra vez ignorándolos, me enderecé y caminé resbaladizamente hasta alcanzar el negro césped y tirarme entre otra multitud esquelética y deshidratada.

Al sentir los rayos del sol, asustado me incorporé y entre la poca noción que tenía comencé a dirigirme al largo camino hacia el hogar esta vez despejado, entre autos, patrullas y cuerpos calcinados, entre ruinas y cenizas de casas y edificios.

El humo me impedía ver más allá de mi entorno, pero conforme me alejé de la ciudad entre agotamiento y asma, ya a cierta altura, divisé la cordillera que la rodeaba; parecía una olla que dejaba escapar el vapor o un lugar inhóspito donde hubiera caído un meteorito.

Para entonces el calor amenazaba con subir y yo no tenía otro bosque para protegerme ni próximo mi anhelado hogar. 🐱

# Poemas

## MARCELA DEL RÍO

### Armonía

Rotas baldosas que mi pie cree firmes  
me sostienen  
dejando cruzar por sus heridas  
la vida de otros mundos  
lejanos  
de tan profundamente internos en nosotros

Hoy me siento habitada por seres transparentes  
apenas presentidos por el diamante de duros filos  
aterrados

Hurtarle la *armonía* al universo  
es transformar el brazo en ala de paloma  
el llanto en cofre de misterios cristalinos  
la voz en pentagrama de insólitos encuentros  
y los ojos en resplandores ojivales atrapados  
por un halo de luz nacido entre los dedos  
y un asombro de sombra en las pupilas

### Música

azarosa dádiva de ancestros espectrales  
soplo venturoso de tiempos infinitos  
sobre el Tiempo efímero y mortal  
de nuestra vida



Leonora Carrington



Leonora Carrington

### Planta insumisa

Abrirse hacia la luz  
sin fórmula hilandera  
estallar en color  
rompiéndole los huesos a la lógica  
y cerrar los oídos a la voz del destino  
trazado  
obligatorio  
de idónea matemática

Corola escapada de una raíz cuadrada  
más escuálida que el cabello del sabio  
que en vez de peinar canas  
peina fórmulas y cárceles geométricas  
y en asombro se aturde  
ante el sencillo aroma de una pequeña rosa

Cuando todas las raíces nos envuelvan  
como esas telarañas euclidianas  
también yo seré rebelde  
*planta insumisa* en el matraz del alquimista  
para buscar la magia de la vida  
afuera de la urdimbre tenaz  
del logaritmo. 🐱

# Recuerdo de Javier Wimer

DANIEL DUEÑAS/  
MARTHA FIGUEROA DE DUEÑAS/  
ANGELINA WIMER

## Javier Wimer un hombre renacentista

DANIEL DUEÑAS

Cuando muere un amigo, muere parte de uno mismo. Javier Wimer se fue y con él, sí, gran parte de nosotros quienes fuimos sus amigos por más de cincuenta años.

Con Javier se van las horas, las noches enteras que cobijados por los caldos escoceses, gozamos de su plática inteligente, sabia y salpicada del humor y la ironía característicos de su persona.

Javier en esas reuniones, ya en su casa con la Nenuca, su mujer, o en la nuestra, al tiempo de hacernos reír con humor que rayaba en lo macabro, nos regalaba su erudición en todos los vericuetos de la cultura y las artes. Lo mismo discutía con Emilio Uranga en torno al marxismo o al existencialismo, que de teoría y práctica política con su amigo de la niñez Porfirio Muñoz Ledo, o conmigo sobre alguna nueva grabación de *La Fantástica* de Berlioz.

Su saber y su personalidad lo acercaban a los actores del Renacimiento florentino, ya que, repito, lo mismo se clavaba en el mundo de las ideas, que en las luces del arte, que en los colores de la música o penetraba en los callejones de las letras. También, como los renacentistas, sabía defenderse con las armas, en su caso los puños. Su jab izquierdo era inmejorable. Javier perteneció y fue trabe principal de la que se llamó la generación de medio siglo, de cuyos miembros se decía que el más pendejo hablaba Latín.

De entre los que no sólo mascaban el Latín, sino el francés de Proust, el alemán de Goethe y el italiano del Dante, sobresalían Porfirio Muñoz Ledo, amigo de Javier de la infancia en la Colonia

del Valle, Víctor Flores Olea, que desde entonces mostraba su buen gusto al vestir, Carlos Fuentes, a quien la mafia del suplemento de Fernando Benítez, lo lanzó al estrellato de las letras. También –mayorcitos ellos– figuraban Emilio Uranga y el mega culto Arturo González Cosío, quien dicho sea de paso, los llamó a que formaran el primer y único *Think Tank* para un Presidente de México, Adolfo López Mateos.

Ahí Javier inicio su fogueo en los intrínquilis de la polaca, enriqueciendo con su saber los discursos, no sólo de López Mateos, sino de otros por venir.



Javier Wimer

En la administración pública, ocupó varios puestos de responsabilidad, como por únicamente mencionar unos cuantos, subsecretario de Gobernación a cargo de los medios de comunicación, asesor especial de la Presidencia de la República, responsable de la comisión Nacional del Libro de Texto Gratuito.

Fue también un diplomático, exitoso como Agregado cultural en Costa Rica, más tarde en Argentina, para culminar como embajador en la antigua Yugoslavia.

Otra de sus virtudes fue la de editor de revistas culturales que trascendieron nuestras fronteras, así como libros de importancia histórica, como el del navegante Malespina, español, que más que por el oro y la plata, centró su búsqueda en los bienes de la naturaleza de la Nueva España.

Javier Wimer, un hombre, pues, como digo arriba renacentista.

Hoy, parafraseando a Jorge Manrique, ha dado la vida a quien se la dio, con toda seguridad. Él ya lo tiene en su cielo y en su gloria y, si la vida murió, harto consuelo nos ha dejado su memoria.

### Compadre

MARTHA FIGUEROA DE DUEÑAS:

“SE NOS FUE JAVIER”, nos dice en una carta Angelina su esposa, para todos los amigos “la Nenus”. Hombre de letras y cantos. Somos compadres por amor. Somos padrinos de su única hija, la talentosa y bella Renata. Nos unió eso que es intangible pero perdura para toda la vida, que cada día se hace más fuerte y profunda, la amistad.

Anécdotas, tantas como se pueden tener en 45 años de querencia, viajes y convivencia. Admiración y respeto a la clase de SER que era.

Se fue entre cantos, flores, llantos y alegría de todos los amigos. Lo velamos en su casa, como él lo quiso. Como él vivió murió, lleno de amores y música, se fue a acompañar a otros tantos amigos que se adelantaron, y a su talentosa madre la poeta Esperanza Zambrano.

Ve Javier, a alegrar, con tu especial sentido del humor y gran talento a los que nos esperan. Aquí, siempre estarás entre nosotros.

### Amo y Señor

NENUCA, MARILINA, RENATA, VICTORIA, BERENICE, PETY, STELLA, ESTELA...:

Se nos fue Javier Wimer y vamos a pedir, entre las inevitables lágrimas, una sonrisa para despedirlo. Tomaremos una copa, encenderemos una vela, cantaremos una canción, nos echaremos unos tacos, lo que fuere, lo que ustedes prefieran para honrar su memoria. Pero nunca para intentar descartarlo de nuestra propia memoria porque eso sería imposible.

Javier fue el más amigo de los amigos, el único verdadero amigo de sus amigas mujeres, el solidario que siempre estuvo dispuesto a darnos a todos una mano. Quizás las dos, porque era así de generoso. Lo confirman desde los cuatro puntos cardinales y en la Argentina lo subrayan en rojo.

Como solía decir Javier, parafraseando a Borges, era amigo de políticos, pintores, músicos, escritores, poetas y gente aún peor. Las necrológicas oficiales comentarán sus logros, los altos cargos que ocupó, las estupendas publicaciones que dirigió y editó. Nosotros recordaremos para siempre al hombre brillante, tan lleno de ternura detrás de sus punzantes ironías y su ácido sentido del humor. Lo tendremos siempre en nuestro corazón y en la punta de la lengua porque no dejaremos de recordarlo de viva voz. Por eso mismo, para despedirlo con una sonrisa, acá va un viejo cuento suyo recientemente rescatado. Las mujeres de su tribu real y la adoptiva lo llamábamos el Amo y Señor. Era un ogro como Josafat, siempre enternecedor e inolvidable.

### Josafat

*Cuento inédito de Javier Wimer*

La raza de los ogros estaba en plena decadencia. Eran cada vez menos los que permanecían fieles a sus votos de ferocidad y soltería y continuó el flujo de los desertores que abandonaban sus castillos para entregarse a los más innobles placeres de la burguesía. Los nuevos tiempos no favorecían el cumplimiento de una regla demasiado severa y la corrup-

ción hacía estragos incluso entre aquellos que permanecían en una ortodoxia bastante discutible.

A tales extremos de suspicacia y de inseguridad se había llegado, que un libelo anónimo y a todas luces calumnioso, sostuvo que uno de los ogros más respetables y más devoto de las tradiciones estaba casado en secreto.

Son variadas y complejas las causas que habían degradado y llevado al borde de la extinción a esta raza antiguamente noble y vigorosa, pero la principal fue una hechicería casi homérica que permitía a las mujeres transfigurarse en animales para conseguir sus infames propósitos. En conocimiento de la tradicional debilidad de los ogros por toda suerte de representantes de la fauna común y de la fantástica, las mujeres penetraban en los castillos convertidas en graciosos venados, en sumisos jabalíes o en zalameros dragones. De esta manera ganaban la simpatía, la confianza y la intimidad del ogro, hasta que reblandecida su voluntad y nublada y destruida su fuerza moral, recuperaban su forma primitiva y lo arrastraban a los peores excesos de la vida familiar.

La reacción de los ogros fue tardía y de una asombrosa debilidad, como si obedecieran a una inconsciente vocación de suicidio colectivo. Los más escépticos no creyeron estas historias y cayeron víctimas de su realismo, otros, más dados a la especulación, sostuvieron la tesis de que sólo había unas pocas especies amenazantes de mujeres y, después de un congreso tormentoso en que se impusieron los intereses personales a los de la razón y a los del buen sentido, se aprobó una lista mínima que en vez de combatir el mal lo hacía más peligroso. Sólo escaparon los más ascéticos, los más puros, aquellos que aún desafiaban la represión y salían en las noches a devorar niños y a violar doncellas.

Pero ni aun ellos estaban a salvo, pues llevados por su ancestral pasión zoológica permitieron la entrada a animales aparentemente inofensivos. Las metamorfosis no tenían límites y tampoco las seducciones. Un ogro ejemplar fue víctima de un mamut, otro de una mosca, otro más del águila bicéfala de los Romanoff que se introdujo con aspecto de elemento puramente heráldico.

En la época a la que me refiero, los ogros ya formaban un clan lamentable, una minoría menos perseguida que desprestigiada. Vivían en el temor de sí mismos y en la obsesiva persecución de toda clase de especies animales.

Fueron sacrificados los mastines de las puertas, arañas y telarañas que son lujo obligado en las mansiones más modestas, y eliminadas de sus dietas las ostras sin congelar. Cuando bajaban al pueblo para emborracharse y fanfarronear se veían a los ojos con mutua desconfianza, como tratando de averiguar el signo de la enfermedad mortal. Mientras sus enormes bocas imitaban ritualmente la risa de sus antepasados, sus corazones permanecían apretados por el miedo.

Josafat era joven, recto y prudente. Una verdadera esperanza de su raza, la esperanza que distraía la amargura de los mayores. Pero seguro de su fortaleza cansado de la soledad y de no tener tentaciones, fue aflojando en su lucha contra los animales más pequeños. Un día permitió que se instalara en su castillo una colonia de hormigas y, poco después, asistió sin inmutarse al nervioso paso de un ratoncillo gris. Pensó, distraído, que un ratoncillo gris no podría desviarle de sus votos de ferocidad y de soltería. Esa fue su última oportunidad de salvación, la última burbuja de autodefensa que rebotó en su conciencia.

La caída de Josafat aniquiló toda esperanza. Una ominosa fiebre matrimonial se apoderó de los restantes miembros de la comunidad, con excepción de dos o tres de los más viejos que enloquecieron y fueron recluidos en el manicomio zoológico de la ciudad. Hoy pasean melancólicamente por sus jaulas mientras sueñan, tal vez, con un infinito tapiz desmesurado en que se confunden blancas formas femeninas con todos los animales de la creación.

El Josafat de hoy prende la lámpara de mesa, se levanta con cuidado y se acerca a la ventana. Piensa en el pasado y en el futuro. Junto al hueco que dejó su cuerpo, una mujer respira con suavidad. Tiene la frente despejada, mínimas gotas de sudor permanecen en el fondo de sus poros y un principio de sonrisa que le otorga una expresión irónica de roedor, de venado o de águila. ■

# Nuevos brevicuentos

ROBERTO BAÑUELAS\*

## Fundación de país

A pesar de que tienen millones de representantes en los cinco continentes y algunas islas de turismo y placer, los activos ciudadanos de Sodoma y Gomorra –asilados o ilegales–, claman y solicitan a las organizaciones del imperio económico que les otorguen un territorio donde fundar su país representativo.

## Superávit de profetas

Los profetas sin tierra, expulsados de todos los desiertos o de algún remoto paraíso, se asimilan y adquieren residencia en cada país donde los corruptos, los falsarios, los galeotes del horario y del empleo, las prostitutas, los predicadores y los marginados de todos los oficios gozan de la aceptación que va del lujo insolente a la más resignada sobrevivencia.

## La suave voz

Después del infarto y de lo que los médicos daban como definitiva recuperación con la intervención quirúrgica, el hombre trataba de conversar; pero se iba a una región del pasado de su niñez que corría y gritaba de gusto cuando se sentía vencedor en los juegos que compartía con los hijos de los vecinos. Ahora, al regresar a su silla mecedora, encontraba sobre la pequeña mesa los libros que había pedido, todos detenidos antes de la décima página. Cuando fijaba la vista en un vacío sin significado, oía la voz de su mujer que él imaginaba como una sombra que giraba o una tenue luz ambulante de las que salían su nombre y alguna palabra sin significado. En los momentos de mayor conciencia, oía con penetrante claridad la voz envolvente de la muerte.

Una tarde, cuando decidió “dar unos pasitos” para acompañar a sus parientes ruidosos que estaban en la sala porque habían venido a preguntar por su salud y a quedarse a comer, dejó de oír el canto de los pájaros y de sentir la presencia de la luz.

## Obra rescatada

El joven poeta, que había transitado por laberintos líricos de todas las edades de la palabra, solicitó una entrevista con el crítico consagrado para que le diera su opinión, aunque ésta fuese concluyente y aniquiladora. Una secretaria con pseudónimo y afectada entonación, le comunicó que el maestro lo recibiría quince minutos el próximo martes a las seis de la tarde.

Puntual, con su maquinauscripto metido en una carpeta de cartulina, pasó el soñante ante la solemne figura con más cronistas laudatorios que lectores convencidos.

–Tome asiento –dijo, lacónico. Comenzó a leer en silencio, pero emitiendo repetidos carraspeos y alternando miradas al poeta temeroso, al mismo tiempo que la tez de su rostro se encendía con un rubor entre el disimulado entusiasmo y la ira. ¿Por qué escribe poesía, joven amigo? ¿Para qué o para quién escribe? La poesía es un rito sagrado para los elegidos que desafían la insensibilidad heredada del cultivo de la barbarie. Trate de hacer una profesión de la que pueda vivir. ¡Que le vaya bien...!

Tres meses después de la amarga entrevista, el joven poeta asistió a la presentación de un nuevo libro que el consagrado presentó, entre excusas y aclaraciones, porque se trataba de una obra escrita cuando él había cumplido los diecisiete años y que ahora, a los sesenta, tenía la osadía de publicar esos poemas del loco amor de su juventud.

## Rebeldía y cruz

Desde niño, Cristo fue un rebelde: con el pretexto de meditar y de salir victorioso en todas las discusiones, nunca quiso ayudar a don José en los trabajos de carpintería porque, aunque nunca se lo dijo a nadie, estaba seguro de que el esposo de su madre no era su padre. Triste y paradójicamente, murió en una cruz construida por otro carpintero.

**Nuevo visionario**

Antes de internarse entre la multitud que participaba de una pobreza bien distribuida, el hombre pensó que era muy fácil inventar otra religión, y que lo difícil no era conseguir adeptos que se postrasen ante la grandeza de Dios, sino que también tuvieran la buena voluntad de apoyar la existencia digna del nuevo profeta.

**Admiración poliédrica**

En manifestación paralela a la explosión demográfica –orgasmos fecundos que ni la ciencia ni la pobreza podían impedir– surgen, para veneración de un pasado sin historia ni héroes, la multiplicidad de los monumentos que constituyen un grandioso homenaje a la geometría y a la presencia de lo abstracto para ocupar el espacio que estaba reservado a los caudillos, mártires y próceres que no han llegado.

**Pausa evolutiva**

Los monos sostienen breves conversaciones entre ellos, pero nunca cerca de sus captores y cazadores. Prefieren seguir siendo vegetarianos que llegar a ser esclavos en trabajos forzados y verse obligados a entender su sometimiento en idiomas extraños a su idiosincrasia y que les distorsione aún más la concepción de su propio mundo.

**Enfermedad del siglo**

Todos aquellos que amenazan con suicidarse –lo hagan o no–, quieren obtener venganza matando de dolor a los enemigos que aumentan cada día.

Hablan poco, caminan solos por las tardes hasta que el crepúsculo se hunde en la noche poblada de enigmas. Luego retornan a casa a cenar, solos o en compañía de parientes que rumian sus propios conflictos. Mientras mastican, los aspirantes a suicidas hacen el recuento de enemigos felices que pretenden vivir un siglo.

**Hada protectora**

Ya cuarentona y con suficientes desilusiones por la inconstancia de hombres casados que no sabían ser fieles a la permanencia del amor, Evelia irrumpió con los restos de su juventud en la vida del sexagenario maestro –rico por la

acumulación de trabajo y austeridad– para removerle con promesas de amor los años que había invertido en teorías, libros y reconocimientos a su obra lúcida y sabia contra la pereza mental de una sociedad polarizada entre las carencias, los signos astrológicos, las manifestaciones de airada protesta y los que combatían el tedio con un ocio organizado en las satisfacciones.

Invitado a comer o a cenar con frecuencia, el maestro impresionaba a sus amigos y admiradores al disertar de preferencia sobre la poesía amorosa, pero evitando los temas que transitaban entre la ciencia, la historia y el helenismo. El maestro, iluminado y rejuvenecido, estaba enamorado y dispuesto, más que a tener en todo la razón, a entusiasmar a la mujer que aligeraba la suma de sus años y de su patrimonio.

**Encomienda y súplica**

Antes de tener que morir, Sócrates recordó que había comido gallina y pan con miel muchas veces en casa de Esculapio, y que en la satisfacción que seguía a cada cena, el filósofo había prometido recompensar a su anfitrión con un gallo, compromiso pendiente que comunicó a quien quisiera cumplirlo porque él ya sólo disponía de tiempo para tener que morir.

\* De su libro de próxima aparición *El ocaso de los quelonios*. 🐢



Alejandro Caballero



# Cuentos\*

GUILLERMO SAMPERIO

## El cine fastuoso

Allí se encuentra ella, Rose Mary, al pie de las escaleras que dan a la sala del cine. Tiene la mano derecha sobre la barbilla; la izquierda pasa bajo sus generosos senos. Lleva unos zapatos negros de tacón bajo con una correa que los detiene en la baja espinilla y un ligero abrigo largo, gris oscuro, que roza apenas sus tobillos pero que permite ver su piel blanca. Arriba de su cabello rubio y su cara hermosa, sobre todo por la nariz recta un tanto respingada, se encuentra una lámpara de tres farolas que alumbraba con levedad la pared leonada y las semiabiertas cortinas púrpuras que llevan a las escaleras de alfombras encarnadas. Del brazo izquierdo de la mujer pende un pequeño bolso negro con una discreta cadena dorada.

No podemos adivinar qué piensa, pero es posible, por su postura, que se encuentra atrapada en medio de una indecisión, una encrucijada, o como queramos llamarla, evaluando si termina con el hombre que está dentro del cine, olvidado de ella, o aparentando que no le interesa la mujer.

Al fin se decide, mueve su cuerpo desentumiéndolo y camina con lentitud hacia las escaleras, sube por ellas con el mismo ritmo y entra en la oscuridad del cine. Le sorprende la opulencia de la sala; no existe el tiempo en ella ante las imágenes en blanco y negro que se proyectan sobre la pantalla y sabe que los que miran la película, no muchos, se encuentran atrapados en un momento de aislamiento de unos respecto de los otros. Le sorprende, sin embargo que, a pesar de la oscuridad, haya, en distintos sitios, luces ligeras casi color ladrillo y que se distinga la elegancia púrpura de la gran sala.

Rose Mary localiza al fin la hilera donde se encuentra él y otras pocas gentes; se sienta a su lado y manifiesta, o actúa, cierta sumisión. El hombre sigue actuando, esta vez como si ella no se hubiera sentado junto a él. La mujer abre su bolso, saca un pequeño revolver, quizá calibre 22; lo acerca, con cuidado y lentitud, a la sien del hombre y dispara dos veces. Un leve humo se esparce en torno de la cabeza del hombre; como la gente se encuentra absorta ante la película emocionante de título *El halcón maltés*, suponen que los disparos leves son parte de algún efecto del filme en esa escena donde el detective responde a los disparos de sus perseguidores.

La mujer rubia se levanta, guarda el revólver y ya no mira que el hombre tiene la cabeza ladeada, como dormido, y que para él se acabó el cine para siempre. Ella regresa por las mismas escaleras y con el mismo ritmo lento; sale del fastuoso cine, toma un taxi amarillo y se dirige hacia donde vive la amante del hombre. Habían estado casados poco más de siete años; siendo ya autoviuda, nunca llegarían los ocho aunque les faltara un mes.

Sólo de pensar en el turbulento cabello oscuro de aquella mujer y ese porte de arrabalera que siempre ha tenido, a Rose Mary le sube la sangre a las mejillas de por sí sonrojadas. Se abraza un poco a su bolso negro y la barbilla empieza a vibrarle.

## Librería de viejo

Un fin de semana, finalmente, María Elena decidió ir a aquella librería de libros viejos, a la cual le tenía puesta el ojo desde hacía varios meses; ingresó y fue analizando las mesas de la entrada y mirando una que otra vez las paredes a sus costados cuyos libreros alcanzaban más de dos metros de altura y tenían escaleras corredizas para alcanzar cualquier fila y fue eligiendo uno que otro libro de literatura medieval, además de los que en rigor necesitaba o que le

serían útiles para su labor de psicoanalista y no compraría, se había hecho la promesa, aquellos que le atrajeran nada más porque sí.

Luego, hacia el fondo del local, penetró en un cuarto, también repleto de libros y, lo mismo, muy alto; allí eligió un par de libros de filosofía de Jaques Diderot, escritor y filósofo que le encantaba; de ahí pasó a otra habitación y de ésta a otra, pero como que iba dando vueltas, y de ésta a otra y de ésta a otra, cuyas paredes estaban muy próximas y era visible que se encontraban arreglando los libros, ya que había varios montones y cerros en el suelo o montañas que alcanzaban tal vez unos dos metros de alto, lo cual le gustaba. Y le gustó sentir que se encontraba en un laberinto de libros y pensó que así habría sido la biblioteca de Alejandría pero, desde luego, pensó, guardando una inmensa distancia.

El desorden se generalizaba también hacia las hileras de los libreros que se encontraban pegadas a los muros; María Elena tomó una escalera móvil (no corrediza) pues alcanzó a ver en una orilla alta el lomo de un libro que, estaba segura, era de Virginia Woolf, su novela casi autotestimonial: *La señora Dalloway*.

Colocó la escalera para poder tomar equilibrio, subió cerca de metro y medio, pero se dio cuenta de que apenas alcanzaba la novela y, sí, era de la Wolf; estiró el brazo, dos de sus dedos consiguieron arrastrar el libro hacia sí hasta que lo tuvo en la mano, y allí fue cuando la pierna derecha resbaló y, con todo y escalera, se derrumbó sobre una torre de libros, cayó en una montaña de ellos y, de pronto, el librero de donde había agarrado el libro se balanceó una y otra vez, escuchándose un rechinido; a veces parecía que se iba a quedar en su lugar, pegado al muro y en otras que se derrumbaría de manera estruendosa, hasta que, por fin, se fue contra la otra pared con un ruido más que estruendoso, y sus libros cayeron de un evión encima de María Elena hasta hacerla desaparecer.

Mientras, del golpazazo que recibió el librero de enfrente, sus libros también se desbordaban y desplomaban, lo mismo que las torres que se encontraban a alrededor de la mujer, hasta que María Elena quedó enterrada entre miles y miles de libros y en medio de una nube de polvo ennegrecedora y asfixiante.

En rigor, María Elena quedó inmobilizada y quizás con no pocos huesos rotos y pensó que el estruendo que había causado el desastre en ese cuarto del laberinto provocaría que los dueños de la librería o los muchachos que atendían a la clientela le dieran alcance y auxilio casi de inmediato; esperó bastante tiempo pero no escuchó a nadie y sentía que el aire le faltaba cada vez más y que los dolores del cuerpo se le expandían de pies a cabeza. Cuando, aferrada al libro de su autora favorita (porque además no podía hacer otra cosa: estaba cercada de libros inútiles que no le permitían mover ni un dedo), percibió o intuyó que se apagaban las luces y que ya cerraban la librería, supo entonces que moriría, más o menos, en no más de dos horas junto a Virginia Woolf.

\*Textos pertenecientes al libro de cuentos, relatos, crónicas y novelas breves *Historia de un vestido negro y otros vestidos*, inédito. 🐱



Lourdes Domínguez

# Tomando café

ROBERTO BRAVO

Después de dar sus clases llega a tomar un café y leer los periódicos en el Jekemir, el café de la plaza comercial, que sin distinguirse por su presentación ofrece excelente café y tiene sillas cómodas; los clientes que encuentra a las once de la mañana, son casi siempre los mismos, comerciantes de la plaza que escapan de su negocio para almorzar algo, pensionados o más bien retirados de los negocios y señoras de las colonias vecinas (Pedregal y San Jerónimo) que andan de compras, vienen de los bancos o de la gimnasia. Muchos de ellos llegan, toman su café mientras descansan, discuten instrucciones sobre lo que van a hacer después y se marchan. Nadie va como él a leer cinco periódicos. El lugar está libre de vendedores, salvo uno que se atrevió a sentarse una vez a su mesa sin su permiso a tratar de venderle objetos de bisutería traída de la India y que él corrió ipsofacto, sin escucharlo. A veces encuentra conocidos, alumnos de las generaciones anteriores de La Universidad que han pasado por su cátedra. Desde hace 28 años lee todos los días la sección cultural de los cinco periódicos que la tienen, mismas que nutren su archivo sobre literatura mexicana contemporánea de donde ha sacado fichas de una infinidad de autores y que destina para que sus alumnos investiguen y para sus compañeros cuando se acercan a él con el propósito de consultarlo. Por eso sólo él puede ocupar esa mesa porque sobre ella pone los periódicos que ya leyó y los que leerá. Los dueños del café no le dicen nada, ya están acostumbrados y como es un cliente de años nadie lo molesta. Co-

mo el café es también expendio de grano para llevar por kilo y de pan árabe, arracadas, jocoque y otros alimentos orientales, todo el tiempo hay movimiento. Cabe decir que las señoras siempre andan bien arregladas, se ven atractivas, y entre reseña y reseña se distrae viéndolas.

Esa vez, llamó su atención una mujer alta y muy delgada que en la barra del expendio pidió medio kilo de café de Coatepec. Era como de cuarenta años y tenía el pelo teñido de rubio. Mientras el empleado molía y pesaba el grano, paseó nerviosa su mirada por las mesas y cuando llegó a la que él ocupaba, la detuvo y se dirigió hacia ahí resuelta. Cuando la vio al pie de la mesa, retiró parte de los periódicos y le indicó una de las sillas vacías invitándola a sentarse. La mujer con el mismo nerviosismo y tensión que demostró desde que había entrado preguntó si le permitía *El Independiente*, el periódico que estaba leyendo y tenía sobre la mesa.

–He ido a tres puestos y no lo he encontrado –dijo a manera de disculpa.

–¿Quiere tomarse un café mientras lo lee? –la invitó.

Sin aceptar, agradeció con una sonrisa mientras hojeaba nerviosa el diario. Cuando encontró lo que buscaba, dobló el periódico en dos y suspiró, y aún más tensa comenzó a leer. Movía las cejas y respiraba agitada mientras recorría las líneas. Siguió leyendo de la misma manera hasta que terminó. Después, sin mirarlo, con los ojos pensativos y tensos de quien está tomando una decisión se puso pálida.

–¿Se siente mal? –preguntó.

–Lea por favor lo que esta perra escribió –respondió enfurecida– padezco de afasia y puedo entender únicamen-

te lo que cada una de las palabras dicen pero no puedo relacionar los significados de una con otra, perdone que me tome el atrevimiento pero siempre que vengo al café lo he visto leyendo el periódico; una amiga me habló para decirme que esta periodista hablaba de mí, pero quiero saber qué dice en boca de una persona ajena e instruida, como usted parece ser, y no de una conocida; por favor –lo miró con ojos que pedían piedad y le devolvió el periódico.

Aunque le sorprendió la petición a pesar de su explicación, su desplante lo tomó como el de uno de sus alumnos, en su mayor parte jóvenes e impulsivos, tomó el periódico y le dijo:

–Lo leeré sólo si acepta tomarse un café conmigo.

–Un capuchino –ordenó ella al mesero.

El artículo, como era de esperarse estaba en la sección de sociales y en él se hablaba sobre dos mujeres faltas de amor a sí mismas y faltas del amor de otros, que decidieron hacer pareja, complementarse, ya que una tenía lo que la otra carecía y viceversa, así las veía la columnista, y aclaraba en su escrito, que así también las veían los demás, sin decir quiénes eran los demás. Por supuesto que los nombres verdaderos de los personajes estaban embozados.

No se necesitaba mucha inteligencia para darse cuenta de que se trataba de una venganza pasional y de que la columnista estaba cobrando, a uno de los dos objetos del deseo el por qué la había abandonado. Narraba la articulista hacia el final del texto; describiendo a una de ellas como una persona ignorante, de baja condición social, cuyo único atractivo era el físico; la otra era calificada en pocas palabras como una mujer gorda y cursi.

A pesar de que la tensión a la que estaba sometida le endurecía las facciones, la mujer era bella y muy delgada. Después de que él terminó de leer, ella jugaba nerviosa con el cenicero en actitud expectante. Dio un trago a su café y le preguntó:

–¿Quiere usted mi opinión?

–Sí –dijo la mujer.

La belleza es un motivo suficiente para enamorarse, y creo que sólo cuando se siente un amor muy grande es posible tener el enojo suficiente como para escribir algo como lo que acabo de leer.

La mujer sonrió, se quedó un momento más sin decir nada, agradeció el favor, dio un último sorbo a su taza, se paró, caminó hacia el despacho de café, recogió su mercancía y se fue igual de pensativa, pero relajada. ☹



Luis Garzón

# Septiembre

ULISES VELÁZQUEZ

1

Septiembre cuidó a un niño  
(nacido bajo el edén de las palabras)  
e inventó su cuna con el níveo sueño  
con que se forjan los atardeceres  
y le devolvió la luz  
cuando con su primer balbuceo  
escribió su carta de ingreso al silencio.

2

Septiembre me regaló tres maestras:  
a fuerza de conocencias y palabras,  
se convirtieron en compañeras de viaje;  
su maestranza de dos orillas no tiene edad  
y tildan de exageración  
todo esbozo de creatividad  
cuando juego a la rayuela con la vida  
y decido mi suerte de principiante.

3

Septiembre me mostró la lluvia:  
única exasperación del tiempo  
donde las lágrimas escriben la vida  
que me concedió un verano  
pleno de ciudades trashumantes,  
prístinos paraísos conquistados  
con la sangre de una pluma fuente.

4

Septiembre postergó el amor,  
salvándome de no errar con brújula,  
mientras que la mujer que guía mis desvelos  
urde un nuevo lienzo de Penélope,  
cuidando de no repetir la misma puntada  
donde quizás el tiempo se dilate.

5

Septiembre me devolvió el Palacio de Minería:  
*rendez-vous* que detuvo la eternidad  
al confirmar los lunes como punto de partida  
y, sin embargo, para la experiencia, se volvió  
el adamantino refugio de sus espejismos.

6

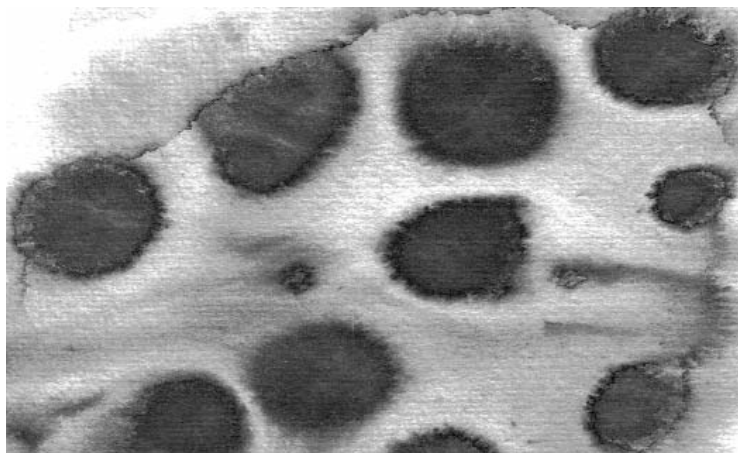
Septiembre me presentó a un historiador,  
cuyas andanzas por una urbe de papel  
escriben con la constancia  
el efímero ensueño de la cordialidad;  
*generoso, humilde y caballero*,  
sus pasos trazan en la amistad  
un juego de palabras y recordanzas.

7

Septiembre me arrebató las canas:  
letanías de una vida  
desgajada en el calendario,  
cada vez que el reloj  
regresa a la misma hora  
y donde danzamos sin compás ni tiempo.

8

Septiembre me prestó muchas palabras,  
primeras intenciones de escribir en el aire:  
horizonte hacia donde confirmaré mi presencia,  
porque si la vida empieza en mayo,  
accederá, denodada, a reiniciar en octubre. 🐱



Alberto Calzada